

**HOMILÍA DEL SUPERIOR GENERAL
EN LA MISA DE APERTURA
DEL AÑO VOCACIONAL DE LA FAMILIA PAULINA**

Con la presente celebración eucarística, en la fiesta de la Conversión de san Pablo apóstol, comenzamos el Año vocacional de la Familia Paulina. Esta iniciativa la decidieron nuestros Gobiernos generales, como una de las formas concretas para poner en práctica las conclusiones del Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes, vivido en el Vaticano, el pasado mes de octubre, en torno al tema “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”.

Los Padres sinodales reafirmaron que *«todos los jóvenes, ninguno excluido, están en el corazón de Dios y consiguientemente en el de la Iglesia»* (Documento final, n. 117). Frente a la realidad juvenil una de las palabras que más resonaba en el aula sinodal era “escucha”. El Sínodo confirmó que muchos jóvenes sienten que su voz no está aún considerada como interesante y útil en el ámbito social y eclesial (*Ib.*, n. 7).

Esto equivale a decir que es necesario mejorar la comunicación con ellos: es preciso desarrollar una comunicación de cualidad para crear relaciones, sea en el contacto directo, sea en el ambiente digital. El Sínodo reafirmó que es en las relaciones donde se transmite la fe. Esta constatación empuja a la Iglesia a asumir un “rostro relacional” que pone al centro la escucha, la acogida, el diálogo, el discernimiento común, en un itinerario que transforma la vida de quien participa en él (cfr. *Ib.*, n. 122).

La Iglesia está convencida de que es necesario escuchar a los jóvenes con humildad, paciencia y disponibilidad para comprender su mundo y sus preguntas, y así darles, de modo nuevo, las respuestas que ellos aguardan. En este sentido, es verdaderamente un reto asumir tal “rostro relacional” como forma concreta de acercamiento.

Nos auguramos que este Año vocacional sea también para nosotros, Familia Paulina, un tiempo fuerte para escuchar más a los jóvenes, para crecer en las relaciones con ellos, para conocer cómo son de veras, de modo que no nos quedemos con la imagen nostálgica de un joven que ya no existe. Es por tanto un tiempo oportuno, no solo para dirigirnos a ellos escuchándoles y ofreciéndoles los contenidos de nuestro apostolado, sino también para presentar la vida y la misión de la Familia Paulina como propuesta vocacional, en sus diversas expresiones apostólicas.

En tal sentido, es preciso partir del presupuesto de que toda vocación tiene como punto inicial el encuentro con Jesús, pues orientar desde el punto de vista vocacional a un joven significa ayudarlo, ante todo, a encontrar a Jesús. Del encuentro con Él surgen las vocaciones de los discípulos del pasado y del presente, para todos los carismas.

También la vocación del apóstol Pablo fue así. Como hemos oído en la primera lectura de hoy, la luz que él vio y la voz que sintió en el camino de Damasco cambiaron su vida (cfr. He 22,6-10). El encuentro con Jesús crucificado y resucitado o, más exactamente, el encuentro con la ternura y la misericordia de Dios manifestadas en Jesús, transformó la vida de Pablo. Fue una experiencia fuerte que le pidió abandonar su pasado y entrar así en una vida nueva, lanzado en el mundo para proclamar el Evangelio (cfr. Mc 16,15).

El Sínodo constató que para muchos jóvenes la vida de Jesús sigue siendo aún hoy profundamente atractiva e inspiradora, una provocación que interpela (cfr. Documento final, n. 81). ¿Cómo ayudar a estos jóvenes a profundizar su relación con Él y a descubrir el don de su llamada en la Iglesia, con tantas posibilidades, entre ellas la opción de ser miembro de la Familia Paulina?

Este Año vocacional, además de ser un tiempo propicio para presentar las diversas vocaciones paulinas a los jóvenes, es también una ocasión fuerte para valorar nuestra vocación personal, para “reavivar el don de Dios” que hemos recibido, como nos indica el lema de este evento. Tal actitud es importante, porque nos ayuda a ver hasta qué punto testimoniamos cuanto creemos, o sea uno de los aspectos fundamentales para atraer a los jóvenes. Entre los elementos que entran en juego al respecto están la relación fraterna, el ardor apostólico, la vida de oración, la alegría...

Otro aspecto importante concerniente a nuestro testimonio es la “paulinidad”, o sea nuestra identidad como Familia Paulina enraizada en el apóstol Pablo. Recordemos que la Familia Paulina ha sido suscitada por la vida y la experiencia de fe y de apostolado de san Pablo. Como afirmó nuestro Fundador, el beato Santiago Alberione, «*la Familia Paulina, compuesta de muchos miembros, debe ser Pablo vivo hoy en un cuerpo social*» (Vademecum, n. 650)... «*Jesucristo es el perfecto original: Pablo para nosotros se hizo forma, para forjarnos en él y vivir según Jesucristo*» (Ib., n. 653). ¿Qué intensidad tiene el “color paulino” de nuestra vida espiritual, de nuestro apostolado, de la vida comunitaria, en fin, de nuestro testimonio?

Cada miembro de la Familia Paulina está llamado a hacer su parte para el logro del Año vocacional, sea participando activamente en las actividades propuestas en las diversas Circunscripciones esparcidas por todo el mundo, sea en la oración personal y comunitaria, ofreciendo los pequeños o los grandes sufrimientos por las vocaciones: para las nuevas y para la perseverancia de los jóvenes que ya están en nuestras casas de formación.

El pensamiento va también hoy a la Jornada Mundial de la Juventud, en Panamá, donde miles de jóvenes se reúnen estos días con el papa Francisco. ¡Ojalá tal encuentro produzca mucho fruto para el bien de toda la Iglesia, ayudándola a rejuvenecerse!

Vivamos este Año vocacional en el espíritu de la oración del *Secreto del Éxito o Pacto*, donde reconocemos que, no obstante nuestras debilidades y fragilidades, Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida camina con nosotros. Correspongamos a su confianza en nosotros con fe, amor, esperanza y alegría. María Reina de los Apóstoles y Madre de las vocaciones nos acompañe en este tiempo de gracia con su materna protección.

¡Buen Año vocacional para todos! Amén.

Roma, 25 de enero de 2019
Basílica Santa María Reina de los Apóstoles
Fiesta de la Conversión de san Pablo

P. Valdir José De Castro
Superior general